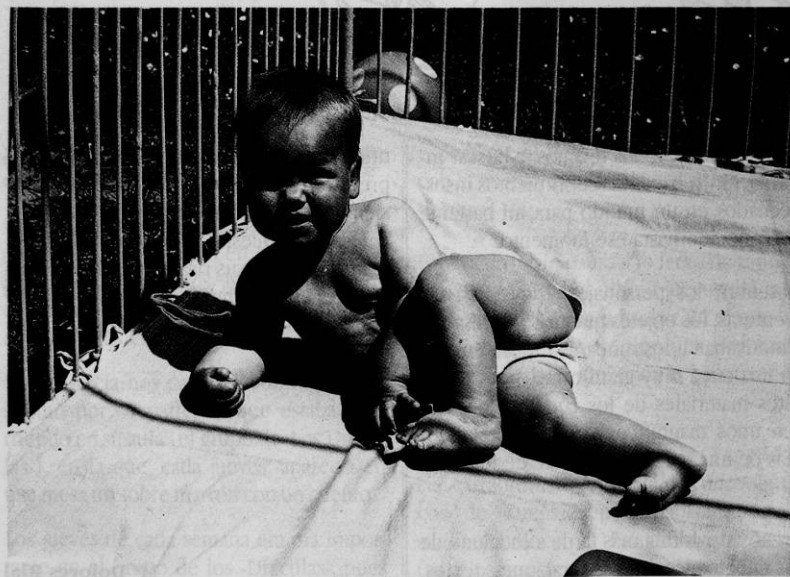




El movimiento es factor de desarrollo.



educar de 0 a 6

AUTONOMÍA Y/O DEPENDENCIA

ANNA TARDOS

Acerca de la educación del niño de 0 a 3 años: reflexión sobre las ideas de la doctora E. PIKLER

El reconocimiento de la importancia de la relación madre-hijo es, dentro de nuestra comprensión de la primera infancia, la gran conquista de estos últimos decenios. «Afecto», «relación», «proximidad», «vinculación», «contacto», son nociones sobre las cuales se estructura, con algunas diferencias de matiz, el sistema conceptual de numerosas escuelas. ¿No podría ser que expresasen, cada una en su contexto, algo en común? Al fin y al cabo, ¿no expresan estas nociones el reconocimiento de la importancia de la dependencia?

En su primer libro publicado en el año 1939 y reeditado varias veces –ocho en Hungría y dos en la entonces Alemania Federal, en 1982 y 1985¹– Emmi Pikler concede una particular atención al desarrollo motor en la primera infancia. En su libro la autora replantea el comportamiento tradicional de los padres con respecto a la motricidad del niño, comportamiento extendido por todo el mundo, aceptado y considerado como natural. Sostiene, y más adelante demuestra, que el hecho de sentar, poner erguido al niño, hacerlo andar cogido de la mano, no favorece su desarrollo armónico.

Esta afirmación, formulada así, puede sorprender a más de uno. En el libro, el movimiento del niño ocupa el lugar más importante entre otros aspectos del desarrollo y la educación. Contiene 61 fotografías ampliamente comentadas por la autora, fotos de niños educados en las familias con las que trabajó la doctora Pikler. En las imágenes, los niños están solos. Lo que la autora desea, lo que quiere expresar en el texto y lo que pretende hacer sentir a través de las imágenes es lo siguiente: si confiamos en las capacidades del niño, si animamos su actividad autónoma, veremos que es capaz de muchas más cosas de las que se cree normalmente. Entre otras, de una gran desenvoltura corporal y de una gran atención y curiosidad por todo lo que le rodea. El lenguaje corporal, la actitud de los niños, la expresión de sus caras, nos lo demuestran.

La casa de los niños de la calle Lóczy², fundada en el año 1946, puede ser considerada como la prueba de estas ideas. Allí Emmi Pikler puso en práctica, en condiciones institucionales difíciles, lo que antes de la guerra habían realizado unas familias, guiadas por ella, en el campo de la educación de sus hijos. Las condiciones de institución significaban, a la vez, que el comportamiento de los adultos que atendían a los niños y las condiciones de vida de los mismos pudiesen ser auténticamente controlables.

Las condiciones controladas eran favorables a los exámenes previstos, basados en observaciones regulares, relacionados en parte con la formación de los grandes movimientos³, y en parte con otras manifestaciones de la actividad autónoma, por ejemplo con la actividad manipuladora. Estos exámenes, y también los resultados de las investigaciones catamnésicas llevadas a cabo con los niños educados en el Instituto Lóczy durante sus primeros años de vida, han confirmado la idea original.

Entre las nociones esenciales del pensamiento de la doctora Pikler, «el movimiento libre», «la actividad», «el aprendizaje autónomo», «la actividad iniciada por el mismo niño» y, más recientemente, la noción de competencia, son las más comentadas y las que la autora considera fundamentales. Todas ellas subrayan la autonomía del niño en la primera infancia, desde el inicio mismo de la vida.

La concepción de Pikler se opone de esta forma a todos aquellos que limitan la comprensión del niño durante su primera infancia, y analizan exclusivamente su relación con lo que le rodea, particularmente con la madre, sus lazos con el adulto, su supeditación, su dependencia.

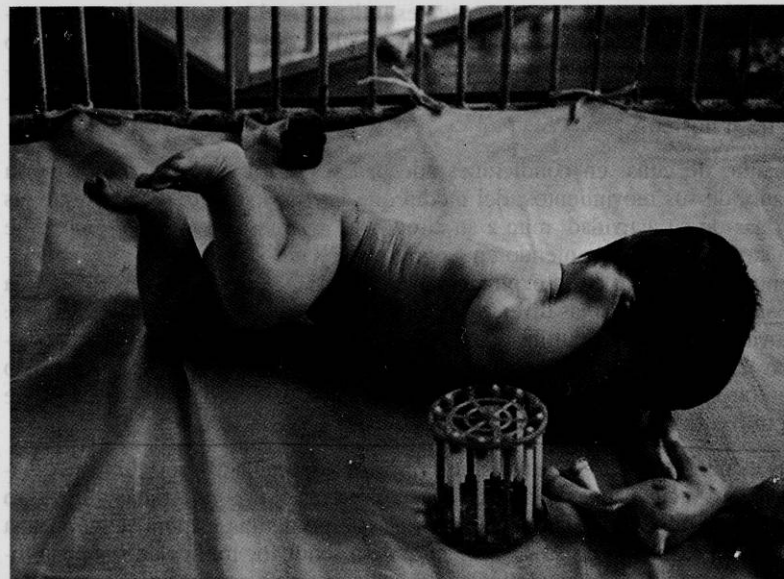
A primera vista, podría parecer que se trata de dos escuelas conceptuales opuestas. Como si hubiera que decidir si la clave de la explicación del desarrollo fuera o la dependencia o la autonomía, con la disyuntiva de escoger una.

Incluso entre los que reconocen la importancia de la actividad autónoma en el desarrollo psíquico del pequeño, hay quienes solamente la ven como una alternativa, o, eventualmente, como un complemento de la «relación».

Ahora bien, en lo que se refiere a la comprensión de las ideas de la doctora Pikler, se trata de un malentendido que se remonta a un pasado lejano. Más adelante procuraré, manteniéndome en el marco de nuestra proximidad ideológica, remontarme al origen de este malentendido, para comprender mejor que no se trata de una prioridad, que no es más importante la autonomía que la relación afectiva, que no se trata de una alternativa.

¿Qué entendemos por autonomía del niño?

Afirmamos que el niño es capaz de aprender de una forma autónoma, que es



Autonomía, juego, descubrimiento...



capaz de realizar acciones competentes utilizando el repertorio de comportamientos de que dispone a un determinado nivel de su desarrollo, tanto en lo referente al dominio de su motricidad como a la capacidad de recoger las experiencias activas relativas al medio que le rodea y desarrollar el conocimiento de sí mismo.

El niño de cuna, en condiciones adecuadas, ocupado de sí mismo, de su mano, de sus movimientos, del medio que le rodea, varía continuamente las formas de su actividad: mira a su alrededor; después, se absorbe totalmente en su movimiento, poniendo en juego todo su cuerpo, en otro momento concentra su atención en la exploración del objeto que tiene en su mano. De la misma manera, varía las diversas actividades según las fases de su adquisición: movimientos y gestos utilizados con facilidad y desenvoltura alternan con formas de actividad que se encuentran aún en el estadio de aprendizaje activo o con otros que el niño descubre; más tarde, vuelve a la forma de actividad que ya utiliza de una manera corriente.

Sus esfuerzos interiores están, pues, dosificados, regulados por él mismo. Durante sus actividades, dirigidas bajo su propia «responsabilidad», el niño aprende a observar, a actuar, a utilizar su cuerpo de una manera económica, a prever el resultado de su acción, aprende a sentir los límites de sus posibilidades, a modificar su movimiento, sus actos: aprende a aprender. En una palabra: el niño desarrolla su competencia, refuerza su exigencia de competencia.

Dependencia y autonomía

El niño puede realizar lo que hasta aquí se ha expuesto si se le aseguran determinadas condiciones. Entre ellas, la más importante es la relación que le une al adulto. El niño, para sentir deseos de actuar, para ser capaz de este aprendizaje basado en la actividad autónoma, tiene necesidad de una relación profunda, que le proporcione el sentimiento de seguridad, condición necesaria para un estado afectivo conveniente.

Por consiguiente, el buen estado emocional, la relación, base de su sentimiento de seguridad, hace posible la expansión de la autonomía. En una primera aproximación, parece que, antes que nada, el niño tenga necesidad de una relación satisfactoria, y que es conveniente para su buen desarrollo disponer también de los medios para acceder a la experiencia de la competencia por medio de sus acciones autónomas.

¿Resulta tan simple?

Cierta resistencia, a veces virulenta, a las ideas de Pikler muestra, entre otras cosas, que hay en juego relaciones más complejas.

En muchas ocasiones he tenido la oportunidad de presentar nuestras ideas

sobre el desarrollo del movimiento y del juego durante la primera infancia. El efecto producido, en numerosos casos, ha sido realmente sorprendente.

Las reacciones negativas, que me dejaron sorprendida, pueden quedar agrupadas:

- Algunas personas expresan su «incredulidad». No creen que el niño sea realmente capaz de manipular de un modo autónomo, que pueda tener interés sin que se le ayude, se le motive, se le estimule. Recuerdo a un profesor que, incrédulo e impaciente, estaba en la terraza, cerca del parque: «¡Ya llevo cinco minutos aquí, y el niño sigue sin jugar!» -dijo. Pues bien, el niño de cinco meses «observado» estaba justamente observándole a él, el profesor. También hay quien no cree que el niño llegue a andar algún día si no se le enseña. Después de ver unas diapositivas que presentaban una niña de 18 meses bajando una escalera a gatas, se nos preguntó, por ejemplo, si no temíamos que la niña de la fotografía no llegara a bajar nunca la escalera a pie.

- En el otro grupo, reúno a los que transigen. Admitiendo los argumentos y los hechos probados por la investigación, y aceptando que no es necesario, ni demasiado bueno, enseñar al niño los diferentes movimientos, «regatean». Dicen: no hay que sentar o poner de pie al niño demasiado pronto; o bien, preguntan por qué no debería hacerse «no con un objetivo de aprendizaje, sino para jugar».

- Otros plantean cuestiones sobre el ulterior desarrollo de la personalidad de los niños educados así durante la primera infancia. De una manera más precisa, nos preguntan qué sabemos de su capacidad de adaptación en un nuevo medio; y, más exactamente: ¿hasta qué punto estos niños son «manejables»? Después de la presentación de nuestras películas sobre el movimiento y el juego autónomo, se nos formularon una serie de preguntas, cuyo sentido podría resumirse con la pregunta: estos niños, ¿obedecen a los adultos?

En el conjunto de estas reacciones, advierto un punto en común. A parte de la exteriorización más o menos clara de una oposición interior a un «método nuevo», está el sentimiento -con frecuencia inconsciente- de que, en lo profundo de las ideas de la doctora Pikler, no está únicamente el hecho de conocer cuándo y con cuánta ayuda el niño aprende a sentarse, a levantarse y a dar los primeros pasos...

Tras la resistencia, me doy cuenta de un temor por la relación, por el carácter de nuestra relación con el niño.

Los problemas que los otros plantean afectan igualmente a la relación niño/adulto: de hecho, temen que el niño educado de esta forma, o sea el niño que ha adquirido el hábito de actuar por iniciativa propia, se escape del adul-

to, que ya no sea capaz de adaptarse, que el adulto pierda su posición de dominio, su autoridad sobre el niño.

Emmi Pikler –como todos los que trabajaban con ella y compartían sus ideas– tuvo conciencia de una realidad muy importante. El descubrimiento, la comprensión profunda por parte del adulto del significado que para el niño tienen su propia actividad, cambia profunda y radicalmente la relación entre el niño y sus padres. Los grupos enumerados anteriormente, al temer el cambio de la relación niño/adulto, están en lo cierto; cuando hablamos de la autonomía del movimiento no hacemos referencia tan sólo a la motricidad.

¿En qué modifica la relación niño/adulto el hecho de dar valor a la actividad autónoma?

Me parece importante distinguir dos niveles de impacto del problema.

1. El primero concierne a aspectos inmediatos del comportamiento del adulto.

En esta relación, a primera vista, el aspecto negativo es lo que impresiona a la gente, y particularmente a los padres; el adulto no hace ciertas intervenciones habituales. No coge al niño cada vez que a él, al adulto, le apetece; no lo lleva constantemente en brazos; no le propone juegos; no lo sienta; no lo pone de pie, no lo hace saltar sobre sus rodillas, etc.

Estos aspectos negativos en sí ya provocan oposiciones y hostilidad.

Ahora bien, nosotros los consideramos motivados porque creemos efectivamente que ya en la vida del más pequeño de los niños y, con más razón, más adelante, hay momentos, situaciones, en que la intervención del adulto puede resultar molesta. No tan sólo cuando el niño duerme, sino también cuando está despierto; por ejemplo, echado en su cama, el bebé contempla su alrededor en silencio, mueve las piernas, por unos instantes su mirada se para en su puño; o cuando precisamente está ocupado con su pañuelito de juego, con un trozo de colcha que se le ha enganchado en la mano...

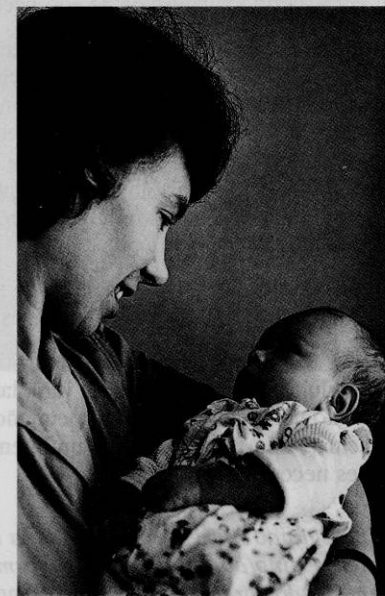
El hecho de que el adulto vaya hacia el niño, atrayendo su atención, implica que cese el proceso de actividad inicial, desvía el interés del niño. Si además, cediendo a la interpretación «cógeme en tus brazos» –cosa que se puede leer a menudo en libros dirigidos a los padres– la madre coge al niño cada vez que a ella le apetece, lo distrae de su interés original, de su actividad, y le propone en su lugar otra diversión.

«Pero si la necesidad fundamental del niño es la corporal, es cogerlo en brazos», nos dicen.

Efectivamente, es una necesidad, una necesidad importante, pero no su única



Autonomía y relación con el adulto.



necesidad, no una necesidad constante. Y del mismo modo que el reconocimiento de la necesidad fundamental del hambre, o de la sed, no motivan que enchufemos el biberón en la boca del bebé a cada signo de incomodidad –porque «seguramente, tiene hambre»–, igualmente, la proximidad, el hecho de cogerlo en brazos, no significa, según nuestro criterio, la satisfacción de todas sus necesidades.

Es frecuente también que el adulto desvíe la atención del niño por otros motivos. No lo coge en brazos, pero se ocupa de él con el objetivo de «enseñarle», de estimularlo, de despertar su interés, y le propone una actividad o bien le hace realizar unos movimientos. La razón de la acción del adulto es la suposición de que sin esto el pequeño no se interesaría por su entorno y por su propio cuerpo, que no aprendería estos movimientos.

Cuando el adulto coloca al niño en una posición todavía no adquirida –lo hace sentar cuando el niño todavía no sabe levantarse y volver al suelo– paraliza al pequeño, lo vuelve inactivo, torpe, lo convierte en un incompetente; cuando lo distrae con un juguete o lo incita a moverse, a jugar, no sólo perturba la situación de autonomía, sino que además incrementa artificialmente la dependencia actual del niño y se convierte en indispensable para él. Proponiéndole cosas que están por encima de sus fuerzas y de sus competencias, el niño tendrá la necesidad de la ayuda del adulto.

Lo que se ha expuesto es lógico, pero difícilmente aceptable para muchos; así, a causa de los consejos de «no hacer», rechazan toda la idea.

Asimismo, la actitud de soporte de la actividad autónoma por parte del adulto, especialmente la organización de la vida cotidiana y del espacio material, es más importante que la privación de intervenciones superfluas y turbadoras. La sutilidad de los detalles relativos a este respecto elaborados por Emmi Pikler prueba la importancia que la autora le ha concedido. Se trata de un papel del adulto diferente del habitual. Este aspecto de la idea no provoca tantas reticencias, pero sin una comprensión profunda de su alcance no puede encontrar una materialización real.

El vestuario del niño, el espacio que se pone a su disposición y los objetos que le rodean, correspondientes todos ellos a su nivel de actividades, hacen posible el ejercicio de su competencia en la actividad autónoma.

Es el adulto quien crea y quien varía las posibilidades materiales del comportamiento competente del niño pequeño, un entorno sin peligros, y la ocasión de actuar. Una gran atención y un buen conocimiento del bebé son las condiciones necesarias.

II. El segundo nivel de impacto de la actividad autónoma del niño sobre la relación niño/adulto afecta a la forma en que el niño es «considerado» o identificado por el adulto. Desde el momento en que nosotros, adultos, acep-

tamos la necesidad y la actitud del niño para «actuar» de forma autónoma y percibimos el significado que tiene esta actitud para el niño, no podemos continuar considerándolo como si fuera un ser sometido, supeditado. El niño es nuestro compañero en la relación, nuestro interlocutor en un diálogo.

El niño ya no es simplemente el objeto de nuestras atenciones y de nuestro afecto, sino que es el sujeto en una situación que nos implica a ambos, y en la que él influye con pleno derecho sobre los acontecimientos que le conciernen.

Si nosotros, adultos, aceptamos y apreciamos en el niño su capacidad de competencia en su actividad autónoma, ello nos conducirá de manera natural a aceptar y apreciar su necesidad y su derecho de participar también en las atenciones. Esta «imagen» del niño, válida desde la etapa de recién nacido, conduce al adulto a cogerlo, cuidarlo, vestirlo, ofrecerle bebida y alimento, de manera que estas acciones se basen en la atención recíproca a las señales de uno y otro, que se basen en una cadena de interacciones mutuas. Es una nueva cultura, una nueva forma de estar juntos y entenderse.

A la vez, cuando un bebé no exige la presencia constante del adulto ni su participación en todas sus actividades –entre estos niños está, por supuesto, el que conoce el placer y la satisfacción de la actividad autónoma–, hay más posibilidades de que, en los momentos en que están juntos, la presencia mutua sea intensa y llena de situaciones de comunicación.

«Autonomía y/o dependencia?»

Según las «escuelas de pensamiento», la supeditación, la dependencia, en la primera infancia se expresa de formas diferentes. Muy esquemáticamente: para unos, en relación con la satisfacción del hambre, la única necesidad del niño es la constante proximidad, la reunión con el adulto y la idea de que «yo, su madre, soy la única fuente de placer para mi hijo»; para otros, es el adulto, fuente única de conocimientos y experiencia, quien enseña al pequeño, eventualmente de forma sistemática.

¿El desarrollo del niño es autónomo o depende del adulto?

Con el fin de intentar aportar una respuesta clara a esta pregunta, es necesario preguntarnos antes qué entendemos por dependencia.

Es lo que expresan, de manera cada vez más clara, las grandes escuelas de pensamiento: en la primera infancia, los niños dependen y están a merced de sus padres; dependen totalmente del trato que éstos les dispensan y de su afecto.

La dificultad radica en establecer cuál es el lugar que ocupa, en esta dependencia, la dimensión de la personalidad del niño: su competencia, sus capaci-

dades de construcción de sí mismo; y en la manera en que la comprensión de esta dimensión influye sobre la interpretación más diferenciada de las mismas formas.

Por ejemplo:

- cuando se interpreta la noción de dependencia en el sentido de que debe manifestarse a un nivel inmediato en cada momento y en cada situación de la vida;
- o bien si, haciendo referencia a la dependencia, se encuentra normal, natural, que en ausencia de la madre, el niño esté triste, frustrado, y que, por este motivo, no sea realmente capaz de manifestar su interés, de mantener una actividad autónoma «porque, solo, se aburre»;
- o bien si, por dependencia, se entiende que el niño, sin la ayuda del adulto, no puede ser activo en los procesos de aprendizaje.

Nosotros no estamos de acuerdo con estas interpretaciones.

Pensamos que el niño no es obligatoriamente un ser «supeditado», pero he de añadir inmediatamente que puede llegar a serlo.

No solamente las ganas de comer o de beber pueden ser deformadas por un comportamiento materno inadecuado, sino que la necesidad de dependencia del niño puede ser igualmente deformada.

No nos referimos únicamente a cuestiones teóricas: los problemas que surgen en las familias en la vida diaria nos lo confirman. Además de las preocupaciones relacionadas con las comidas, parece que adquieren cada vez mayor importancia otras cuestiones que podrían resumirse con las siguientes palabras: «él -mi hijo- no se estimula con nada», «no sabe jugar solo», «no me deja ni un minuto en paz»; preocupaciones a menudo conmovedoras. Por otra parte, las graves perturbaciones que se presentan en el sueño, por expresarlo de alguna manera, desde la etapa de recién nacido, se multiplican.

Es responsabilidad nuestra mantener un cierto equilibrio entre dependencia y autonomía.

A.T.

Instituto Nacional
Metodológico EMMI PIKLER
Budapest

(1) PIKLER, E. *Friedliche Babys - zufriedene Mütter. Pädagogische Ratschläge einer Kinderärztin.*, Freiburg, Herderbücherei, 1985.

(2) APPELL, G.; DAVID, M. *La educación del niño de 0 a 3 años. Experiencia del Instituto Lóczy*, Madrid, Narcea, 1986.

(3) PIKLER, E. *Moverse en libertad. Desarrollo de la motricidad global*, Madrid, Narcea, 1985.



¡El mundo en sus manos!